

Desde ella se veía un trozo azulado del Jaizkibel y, más cercano, el montecillo donde se asienta el caserío Daita. ¡Ojalá que este respetado promontorio —casi el único— de nuestra villa se conserve así por muchos años, y que Dios dé larga vida a Daita para descanso visual de los renterianos!

Por delante de casa pasaban con frecuencia los carros de bueyes. Los chiquillos nos subíamos a la parte trasera hasta que algún chivato nos denunciara con un "atzetik, atzetik...", que hacía volverse airado al distraído boyero. El boyero más famoso de entonces no era boyero, sino vaquero; me refiero a Antón y su vaca, fundador de una próspera empresa de transportes.

También por allí pasaban, camino del frontón, los jugadores de pelota, con sus cestas y palas. Estoy viendo al maestro Guruceaga dando consejos a sus hijos y discípulos: a Carmelo Balda, Arocena, Andueza, Chomin y otros profesionales o aficionados. Pero antes de existir la plaza, también por allí pasarían los legendarios pelotaris renterianos del siglo pasado: los Samperio, Goenaga, Guruceaga, Gamborena, Echeverría, Belamendía y tantos y tantos más. Y claro está que, entre ellos, aquel con cuyo nombre se titulara la calle que, atravesando la plaza, conduce al juego de pelota: Vicente Elicegui.

A Elicegui se le representa como a un fornido hombrachón de rostro infantil, ojos claros y cabellera rubia y rizada. Peña y Goñi le llama "admirable ejemplar de la raza éuskara, atleta del sport guipuzcoano, con formas hercúleas de gladiador y cabeza chica de estatua griega". En Buenos Aires hizo época el partido que jugó con su paisano Samperio contra tres contrarios: Portal, Mardura y otro. De América regresó muy refinado, luciendo barba y vistiendo elegantemente. En 1888 casó con Felisa de Arteché. Parece ser que a partir de entonces se inició su decadencia deportiva.

Me queda por anotar el último edificio que compone la plaza, la casa de Mendarte; inmueble de cinco pisos que en

la época de su construcción resultaba desproporcionado, por su altura, con el resto de las casas de la plaza y hasta del resto del pueblo. En uno de sus pisos vivió Primitivo Egurola, quien dejó a su muerte un recuerdo cuajado de sonrisas, porque era el primer y más socarrón humorista de la localidad. En el bajo del edificio estuvo antiguamente la sastrería de don Paulino García, y más tarde el almacén de cereales de Rodés. Hablando de Mendarte es obligada la mención del honrado y laborioso Serapio, que engrandeció su comercio de la calle Viteri.

Las fiestas del barrio del que forma parte esta plazuela se celebran el día del Sagrado Corazón. Los festejos en aquel tiempo consistían en carreras de sacos, rotura de pucheros, captura con la boca de una peseta pegada a una sartén tiznada, y de otros ingenuos juegos que nos divertían de lo lindo. Pero lo que más me gustaba, o al menos lo que con más emoción recuerdo, era la música a cargo de los dulzaineros. La arcaica dulzaina navarra me evocará siempre el placer infantil de aquellos días.

Con esto se acaba, no los recuerdos, pero sí el espacio previsto. Antes del punto final, me acerco a la plazuela para cerciorarme de si la realidad responde o no a lo anotado. Por pura casualidad, en el jardín surgido en el solar del Matadero encuentro los hijos, la nieta y un biznieto de Eustaquio Echeverría, el cuidador del edificio desaparecido. Charlamos un rato del tiempo pasado, anoto algún dato y algunos nombres, y nos damos saludos para las familias respectivas. Luego en un rincón, junto a la calle Capitaneña, encuentro un viejo rótulo toscamente pintado, ya borroso, que dice: "Plazuela de las escuelas". Lo que no veo por ningún lado es el rótulo del verdadero nombre de la plaza, que es el de "Cipriano Fernández de Landa", dedicación con la que se quiso honrar la memoria de un gran maestro, tan severo como bondadoso, de aquel *maisú txikia* que forjó excelentes generaciones de renterianos.

## Aquí, estadísticas

A un solícito oficial del Juzgado, buen renteriano él, debemos los datos que publicamos, extraídos de los libros de los 92 años últimos, o sea, desde que se inició en nuestro pueblo el Registro Civil. Los damos resumidos por décadas, ya que resultaría demasiado extenso el trabajo, detallado año por año, tal como nos lo ha sido facilitado.

|             | NACIMIENTOS | BODAS | DEFUNCIONES |
|-------------|-------------|-------|-------------|
| 1871/1880 = | 1.012       | 164   | 992         |
| 1881/1890 = | 1.181       | 198   | 950         |
| 1891/1900 = | 1.205       | 248   | 982         |
| 1901/1910 = | 1.505       | 316   | 1.109       |
| 1911/1920 = | 1.955       | 367   | 1.230       |
| 1921/1930 = | 2.156       | 446   | 1.117       |
| 1931/1940 = | 1.856       | 447   | 1.188       |
| 1941/1950 = | 2.264       | 684   | 1.207       |
| 1951/1960 = | 2.136       | 948   | 1.162       |
| 1961 =      | 244         | 125   | 117         |
| 1962 =      | 224         | 126   | 139         |

A estas cifras podemos añadir, como datos curiosos, que el año de más nacimientos registrados fue el de 1948, con 293; y que el de menos fue 1875, con sólo 42, al que le sigue el de 1876 con 73. A destacar que en 1937 solamente se registraron 105. Hay que hacer notar en este capítulo, que de unos años a esta parte, por causa de los seguros, muchos renterianos vieron su primera luz en alguna clínica donostiarra, en cuyo registro fueron anotados sus nacimientos, por lo que en este aspecto, el registro renteriano no corresponde a la realidad.

En lo referente a bodas, tenemos que 1956 fue el año en que mayor número se registraron, con 134. Por el contrario, en 1874 tan sólo se celebró una boda, y durante 1871, 1872 y 1937 solamente dos en cada año. Se aprecia que el tiempo de guerra no es propicio a las uniones matrimoniales.

Los años que mayor número de defunciones registran son: 1918 con 182 y 1919 con 153, que fueron los años trágicos de la gripe, a los que sigue el de 1873 con la cifra de 135, impresionante para aquella época.

Por el contrario, los años más saludables resultan ser los de 1882, en que se registra la cifra menor de defunciones, con 66; al que le sigue, aunque parezca mentira tratándose de un año de guerra, el de 1937 con sólo 78. Esto nos hace suponer que el fallecimiento de muchos renterianos, si llegó a registrarse, lo fue seguramente en otros lugares. Seguramente que el año 1952, con 98 fallecimientos registrados, resultaría el más saludable para los renterianos, considerando su proporción con el número de habitantes.

Finalmente anotamos los años en que las defunciones han sido superiores a los nacimientos registrados:

|        | NACIDOS | FALLECIDOS |
|--------|---------|------------|
| 1873 = | 115     | 135        |
| 1874 = | 85      | 98         |
| 1875 = | 42      | 123        |
| 1876 = | 73      | 105        |
| 1883 = | 121     | 130        |
| 1894 = | 120     | 128        |
| 1901 = | 122     | 159        |
| 1939 = | 127     | 142        |